

Murcia

Isabel Muñoz, 85 años

Alejandra López García, 25 años

LA NIÑA QUE SOÑABA SER BARBERA

Hay muchas maneras de describir a una persona. Hablamos de su pelo, sus manos y sus ojos, de modo que podamos reconocerla al cruzarnos con ella por la calle; decimos que es descendiente de éste, o pariente de aquél, y así conocemos algo de su pasado; o contamos sus gustos, y todos sabemos qué regalarle por Navidad. Pero ninguna de esas descripciones nos conducirá hasta la persona, hasta quién es realmente. Yo quiero obviar lo evidente en una descripción y hablar de una persona, de una mujer: de cómo ha vivido y, lo que es más importante, de todo lo que nos ha enseñado.

Isabel nació allá por el 1927 en un lugar llamado España, donde todo estaba por venir. Su padre poseía una barbería pegada pared con pared a la casa donde vivían, de la que cuidaba su madre y donde ella y sus dos hermanas empezaron a caminar. Muchas tardes de domingo las pasaba precisamente allí, en la barbería de su padre, riendo con su hermana mientras hacían como que se afeitaban las piernas y la cara. Su infancia transcurría sencilla y alegre hasta que, al cabo de unos años y sin que nadie la llamara a la mesa, vino sobre ellos la Guerra Civil y se llevó todos los platos. Aquel monstruo, desconocido y gris, se presentó en su vida y le quebró la realidad.

Una noche, a escondidas, pudo escuchar una conversación que sus padres mantenían creyendo que todos sus hijos estaban ya dormiditos en la cama; su padre era llamado a filas y al drama de su marcha se unió la desesperación de no saber quién mantendría a la familia en un país donde a la mujer se le echaba mal de ojo si la veían trabajar.

Ella, quizás demasiado joven a sus diez años para comprender las locuras de una sociedad arcaica, vio la solución bien clara desde un principio. “Yo lo haré –les dijo a sus padres– yo llevaré la barbería de papá y traeré dinero a la casa”. Su padre no daba crédito y su negativa fue tajante, ¡cómo iba una mujer a trabajar en una barbería!, ¡y más aún, una niña! Pero el ímpetu que movía las palabras de Isabel no era el del capricho de una niña de diez años, sino el de la vocación más sincera y profunda, la convicción del amor hacia las tijeras y el aroma de la espuma; de modo que su padre decidió hacerle una prueba. Isabel tuvo que recogerse el cabello bajo una gorra, liarse el incipiente pecho con una cinta y vestirse como un chico. Con todo, su primer afeitado, aquella primera prueba, salió a pedir de boca, tanto que su padre, antes de ser reclamado por las quintas, no pudo hacer más que dejar el negocio en manos de su hija, Isabel.

La barbería quedaba muy cerca de un cuartel y durante la guerra y la postguerra muchos eran los soldados y caballeros que acudían allí para cortarse el pelo a “Le Parisien” o a rizarse el bigote; y todos la llamaban, simplemente, “chaval”. Y ella corría de un sillón a otro mostrando a todos su destreza con el peine de hueso y la habilidad de sus pequeñas manos en el masaje facial. Tan buena era que llegó a convertirse en un reclamo para el negocio: “hay un chaval en la barbería Del Paloma que trabaja como los ángeles, ¡qué maestría!”, se comentaba.

Cuatro años trabajó en la barbería, hasta que su cuerpo amenazó con delatarla ante los ojos más intrasigentes. La ineptitud del mundo la obligó a abandonar su sueño, su vocación. Pero Isabel no se vino abajo, sino que aprendió, cayó y se levantó miles de veces. Trabajó como peluquera, y luego lo que hoy se conoce como auxiliar de enfermería; creció. Fue entonces cuando encontró su propósito, el enemigo a derrocar, pues vio cómo la discriminación laboral ya no era sólo cosa de los hombres, sino que hasta las mujeres se peleaban unas con otras, por un trabajo. Así fue como Isabel, que pudo haberse escondido y llorar por la infancia que le

fue arrebatada por la guerra, o que pudo, simplemente, callar y aceptar los tabúes de una sociedad machista, se puso manos a la obra y trabajó para los demás y, muy especialmente, para la mujer.

Desde entonces no ha parado y entre sus muchos logros hay que reconocerle el que hoy en día exista el Centro de la Mujer en San Pío X, lo que empezó siendo una reunión de amigas que quedaban para compartir opiniones sobre la vida se convirtió en un Centro que otorga ayuda a quien lo necesite.

Aun así, y según sus propias palabras, su verdadera vocación siempre fue la peluquería y sé que le hubiera encantado dedicarse a ella. Tuvo que aprender y adaptarse a todo según le venía y los que la conocemos hemos tenido suerte, pues de ese sueño roto surgió una persona, una mujer; un ejemplo. Que casi sin saberlo se convirtió en pionera al ser la primera mujer barbera ejerciendo en Murcia, que nunca le dijeron de qué fuente beber y que siempre estuvo muy por delante de su época, que con su fuerza levantó, hace 15 años, un Centro que hoy es un modelo para muchos otros.

Ella misma dice, cuando se le pregunta por la profesión de barbera, que le gustaba mucho el trabajo porque lograba transformar a las personas, embellecerlas y dejarlas presentables; que los barberos tienen mucho arte en sus manos, y razón no le falta, al fin y al cabo aún queda en su alma mucho de aquella niña que soñaba con ser barbera, pues es una mujer que, con el relato de su vida, nos transforma y nos embellece; nos enseña que todos podemos ser mejores personas.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Para Isabel la vida no ha sido muy justa pues como ya he contado en su historia, pasó de ser una niña a una mujer, donde la Guerra Civil le arrebató su juventud, llevándose su inocencia y aprendiendo que la vida no siempre es justa con aquellos que lo merecen.

Pero Isabel es una mujer fuerte y decidida, y es una de esas personas que a pesar de todo, ama la vida luchó contra una enfermedad que no hace muchos años fue a por ella, pero que Isabel, gracias a su fuerza, consiguió superar.

Así, Isabel piensa que lo más bonito de la vida, es amar y querer a las personas, ayudar a todo aquel que lo necesite, y es esta actitud, lo que la ha motivado para seguir adelante. Isabel dice que el amor no es sólo entre una pareja, sino que es el cariño a las personas que uno quiere: “No hay que hacer amigos por la forma de vestir o por los gustos, sino por lo espiritual del corazón de las personas”- aclara Isabel.

Hoy día es la presidenta de la Residencia de Ancianos de Espinardo, y poniendo la otra mejilla, Isabel a sus 82 años sigue siendo una mujer que ayuda a quién lo necesita, convirtiéndose en repartidora de felicidad como las mamás de la coca-cola.